



CAPÍTULO III

**Contradicciones que hubo de sufrir el Párroco de Ars
por parte de los hombres.**

LA virtud de Juan Bautista Vianney no era ordinaria, y por eso ha sido extraordinariamente perseguida. Simultánea ó sucesivamente ha sido objeto del desprecio, del ultraje, de la calumnia, de las sospechas y denuncias, sin perdonarse el medio de las amenazas. Ha conocido todos los procedimientos de la injusticia y del odio; ha sido perseguido, desacreditado públicamente; perturbado hasta en sus sufrimientos, en su pobreza, en el ejercicio de su celo, en sus obras de caridad, en el santuario íntimo de sus más humildes y discretas virtudes; y todo esto sin compasión, sin piedad á su mansedumbre y dulzura, sin consideración, en fin, á su sencillez y bondad. Dios así lo ha permitido para hacer resaltar más las maravillas de Ars, y mostrar que todas fueron obra de su mano, y que los hombres no han tenido parte en ellas, puesto que los mismos que estaban interesados en favorecer ese movimiento regenerador del país, han hecho todos los esfuerzos posibles para combatirle y ahogarle en su origen.

Mientras que la fama siempre creciente del venerable Vianney llevaba á sus pies grupos de cristianos, cada día más numerosos, sus compañeros murmuraban. Sin ellos quererlo, y sin darse cuenta del todo, una piadosa inquietud de la dirección y salvación de sus ovejas les servía de especioso pretexto para justificar muchas veces amargas críticas y sentimientos de mal humor poco disimulados. Otros, y es preciso confesar que era el mayor número, se alarmaban de una preocupación tan nueva y tan extraña. Poco acostumbrados á ver los prodigios que la santidad obraba en otros tiempos en medio de los pueblos, se admiraban; y, como no comprendían, movían la cabeza con aire de incredulidad, temiendo el efecto que podría producir, en una sociedad escéptica y burlona, la súbita reaparición de un poder olvidado, y en el que apenas se creía ya.

Una cosa contribuyó mucho también á fortificar las prevenciones. Entre los forasteros que afluían á Ars, había ya entonces un gran número de esa clase de penitentes, y sobre todo de penitentas, que volveremos á hallar siempre, constantemente y en gran número, alrededor del confesonario del venerable Vianney, como si hubiesen tenido la misión de hacer brillar su paciencia con su importunidad. Esas víctimas, más ó menos voluntarias, de una falsa conciencia y de un falso cristianismo, llevan su incurable manía, de peregrinación en peregrinación y de confesor en confesor, á todas partes adonde las inclina el viento de la inestabilidad; sostenidas por la esperanza de hallar, no una palabra que las tranquilice (porque su dolencia es no quererse tranquilizar), sino una decisión que consagre su plan de conducta, sancione

sus ideas de perfección, justifique sus alarmas, y las permita continuar en la libertad de su inconstancia y volubilidad. Ars llegó á ser bien pronto el refugio de esas imaginaciones atormentadas, y el centro de sus peregrinaciones inquietas. Compréndese fácilmente el mal que todo eso debió hacer al venerable Vianney, antes de ser perfectamente conocido, y antes de que se hubiese colocado fuera del alcance de la crítica mordaz de la opinión, por brillantes signos de santidad. Al volver de sus viajes, esas almas inquietas hacían hablar al santo Párroco á troche y moche en un sentido siempre, según ellas, favorable á sus estrechas miras. Se desahogaban puerilmente con su confesor ordinario, refiriendo lo que el venerable Vianney había dicho ó no, traduciendo bien ó mal sus consejos, ó interpretando bien ó mal sus respuestas.

Así se verificó que muchos espíritus excelentes, engañados por los clamores que comenzaron á levantarse contra el santo Párroco, llegaron á tomar partido contra él; y hasta los mismos que hacían justicia á la rectitud de sus intenciones, no dejaron de sospechar de la oportunidad de su celo, de la sabiduría de sus consejos y de la prudencia de sus medios de dirección.

Un día que hablábamos con él de esa época dolorosa de su vida, le preguntamos si la contradicción no le había conmovido alguna vez, hasta el punto de hacerle perder la paz. No hemos olvidado aún la admirable respuesta que nos dió: «¡La Cruz! ¡Oh! exclamó con una expresión celestial: ¿la Cruz hacer perder la paz? Ella es la que ha dado la paz al mundo, y la que debe llevarla á nuestros corazones. Todas

»nuestras miserias provienen de que no amamos la
 »Cruz, y precisamente el temor de las cruces hace
 »nuestras cruces más pesadas, y las aumenta. Una
 »cruz llevada con sencillez y sin los regateos del
 »amor propio, que exagera las penas, no es ya una
 »cruz: un sufrimiento tranquilo no es sufrimiento.
 »Nos quejamos de sufrir, y más bien tenemos motivos
 »para quejarnos de no sufrir, puesto que nada nos
 »hace más semejantes á Jesús que llevar su cruz.
 »¡Oh! ¡Bella sobre toda belleza es la unión del alma
 »con Nuestro Señor por el amor y la virtud de su
 »Cruz! No comprendo cómo un cristiano puede no
 »amar la Cruz y huir de ella. ¿No es eso huir al mis-
 »mo tiempo de Aquel que se ha dignado ser enclava-
 »do y morir en ella por nuestro amor?»

En otra ocasión nos decía también: «Las contradicciones nos llevan al pie de la Cruz, y la Cruz á la puerta del cielo. Para llegar á él es necesario que seamos humillados, vilipendiados, despreciados y tratados como gusanos de la tierra. En este mundo sólo son felices aquellos que gozan de la paz del alma en medio de las penas de la vida, pues gozan ya de la alegría de los hijos de Dios. Todas las penas son dulces cuando se sufre en unión con Nuestro Señor. ¡Sufrir! ¡Oh! ¿Qué importa? Eso no es más que un momento: si pudiésemos ir á pasar ocho días en el cielo, comprenderíamos el precio de ese momento de sufrimiento. Entonces resultaría que no hay cruz bastante pesada, ni prueba bastante amarga, que no estuviésemos dispuestos á llevar con ternura y amor. La Cruz es el mejor presente del cielo; es el dón que Dios ha hecho á sus amigos.

»¡Oh cuán bello es ofrecerse todas las mañanas en

»sacrificio á Dios, y aceptarlo todo en expiación de
 »los pecados! Es necesario pedir el amor de las cru-
 »ces, y entonces es cuando se hacen dulces. Esto lo
 »sé por la experiencia de cuatro ó cinco años: he sido
 »muy calumniado, muy contrariado, muy perseguido.
 »¡Oh cuántas cruces pesaban sobre mí! Tenía casi
 »más que las que podía llevar. Entonces comencé á
 »pedir el amor de las cruces, y desde aquel momento
 »fui feliz, y me dije: No hay, en verdad, mayor feli-
 »cidad que esa. Jamás debemos mirar de dónde nos
 »vienen las cruces: nos vienen de Dios, y Dios es
 »siempre quien nos da ese medio de probarle nuestro
 »amor.»

Con tales sentimientos, fácilmente se comprende que nuestro santo conservase la paz y tranquilidad del alma en medio de las más furiosas borrascas y tempestades del espíritu. La sabiduría humana más sublime jamás ha podido inspirar al hombre otra cosa que paciencia y una fría serenidad; pero el Espíritu Santo, por la fuerza de su gracia, le hace estar contento en medio de los dolores. El beato Vianney aceptaba los suyos con piadosa alegría. «¡Oh, en el día del Juicio — decía — cuán contentos estaremos de nuestras desgracias, cuán altivos de nuestras humillaciones, y qué ricos con nuestros sacrificios!»

Esas pruebas eran también buenas y preciosas para él desde otro punto de vista: le libraban del miedo que tenía de ser hipócrita cuando, considerando su debilidad y miseria, se veía objeto de la más tierna solicitud y cariño por parte de la multitud. «Ahora, al menos — decía — no engaño á todos: hay algunos que me colocan en el puesto que me corresponde, y me aprecian en mi justo valor. ¡Cuánto se lo agra-

»dezcó! Ellos son los que me ayudan á conocerme.» Y hablando de una persona que le hubiera hecho morir á fuego lento, si su corazón hubiera estado menos firme en la paciencia, decía: «Yo le estoy muy reconocido: sin ella, no hubiera sabido que amaba un poco á Dios.»

Un día se le mandó cierta carta en la que se leía esta frase: «Señor Párroco, cuando se sabe tan poca Teología como usted, jamás debería entrarse en un confesonario...» Lo demás estaba escrito en el mismo estilo. Este hombre, que nunca tuvo tiempo para responder á ninguna de las cartas que le llegaban todos los días, en número siempre creciente, pidiendo consejo á su experiencia y á su santidad, creyó que no podía dispensarse de manifestar la alegría y reconocimiento que experimentaba al verse tratado de una manera conforme á sus méritos. Tomó inmediatamente la pluma y escribió: «¡Cuántos motivos tengo para amaros! Vos sois el único que me habéis conocido bien. Ya que sois tan bueno y tan caritativo que os dignáis tomar especial interés por mi pobre alma, ayudadme á obtener la gracia que estoy pidiendo hace mucho tiempo, á fin de que, siendo reemplazado en un puesto que no soy digno de ocupar, á causa de mi ignorancia, pueda retirarme á un rincón desconocido, y llorar allí mi desdichada vida... ¡Oh, cuántas penitencias hay que hacer, y cuántas lágrimas que derramar!»

Hacia la misma época, una célebre reunión de eclesiásticos, tenida en la casa rectoral de cierta parroquia vecina, después de madura deliberación sobre todos los cargos que se alegaban contra él, acordó por unanimidad que se informase al nuevo Obispo de

Belley de las empresas inconvenientes y del celo intempestivo de uno de sus Curas, á quien su ignorancia é incapacidad inspiraban sin duda cierta conducta menos prudente y discreta. Uno de los individuos que asistieron á la Conferencia creyó deber prevenir al Sr. Vianney en una carta oficiosa, verdadero memorial de agravios, lleno de las más duras quejas y de las recriminaciones más amargas.

Como no era ya la primera vez que se le amenazaba con la desgracia y las censuras de su Obispo, y, por otra parte, no hallase en sí cosa que no fuese digna del mayor castigo, el santo Párroco creyó ya que cualquier día se le arrojase vergonzosamente de su curato. «Yo esperaba de un momento á otro—decía—ser puesto á la puerta de la casa, despedido á bastonazos y condenado á terminar mis días en una prisión. Parecíame que todo el mundo debiera hacerme rechifla por haber osado permanecer tanto tiempo en una parroquia en la que no podía ser más que obstáculo al bien.» Cierta acusación que por entonces se escribía contra él, vino á caer en sus manos, y la envió á los Superiores, con nuevas notas puestas por él. «Esta vez — decía — pueden estar seguros de conseguir lo que desean, puesto que tienen mi firma.»

Monseñor Devie era el hombre menos dispuesto á dejarse sorprender por falsas relaciones é inicuas sospechas. Tan pronto como conoció á Vianney, le amó: amó su sencillez, su mortificación y su piedad, que no juzgó fuera exagerada. Nada halló en él de altivo, afectado ó ridículo, y en todas ocasiones se declaró á favor del santo Párroco, y le defendió con calor. «Yo deseo á ustedes, señores, dijo un día en cierta nu-

»merosa reunión de eclesiásticos (con tono que cerró la boca á los burlones), deseo á ustedes un poco de esa locura de que se burlan. Estoy seguro que no sentaría mal á vuestra sabiduría. El Párroco de Ars es un santo á quien debemos admirar y tomar por modelo.»

En cuanto á la cuestión del celo y de la ciencia del beato Vianney, Monseñor la había examinado por sí mismo y por otras personas competentes. Sus Vicarios generales habían ido á Ars con el fin de observar de cerca al buen Párroco; le habían visto trabajando, y le habían preguntado. El señor Vianney, demasiado humilde para justificar su conducta, se limitaba á exponerla con todo el candor y sencillez de que era capaz, rogándoles en seguida se dignasen permitirle resignar las funciones de un cargo superior á sus fuerzas. «Yo—decía muchas veces—desearía me permitiesen esconderme en un rincón apartado para llorar mis pecados.»

Se hablaba en una ocasión, á presencia del señor Obispo, de la poca ciencia y autoridad del Párroco de Ars en materias morales. «No sé si es instruido, replicó al punto; pero es *ilustrado*.»

En una carta hallamos algunos detalles sobre la visita que el Obispo de Belley hizo á Ars. Dicese en ella: «El buen Párroco no se ha presentado á comer, y el señor Obispo ha declarado que no quería ya contrariarle, y que le dejaba en plena libertad. Cada día está más admirado de sus virtudes, y no habla de él sino con profundo respeto y grande estima. Hay un sentimiento recíproco en esas dos grandes almas, porque el santo Párroco nos ha asegurado dos domingos seguidos que nuestro señor Obispo

»era santo. Somos, pues, una diócesis privilegiada.»

Esto no obstante, el Párroco de Ars continuó oponiendo á los ultrajes que se le hacían cada día, la misma dulce y constante firmeza. Supo obrar con esa noble independencia que hace á un alma superior á todo temor humano, sufriendo en silencio las contradicciones, atribuyéndolo todo á sus pecados, y respondiendo á todos con palabras respetuosas y benévolas.

Bien pronto las pruebas llegaron á ser más sensibles. Gran número de personas cuya criminal tranquilidad turbaba el siervo de Dios, ya declarando guerra á sus vicios, ya descubriendo la hipocresía de sus virtudes, ó contrariando sus pasiones con el alejamiento de los cómplices en sus crímenes, se propusieron espiar y hacer espiar los discursos y pasos todos de su vida. Con tan mal fin, llegaron á desacreditarle hasta en sus costumbres, se le escribieron anónimos llenos de innobles injurias, y hasta las paredes de su casa, de aquel asilo tan puro de penitencia y oración, se vieron cubiertas de carteles infames, tejidos con injurias y calumnias.

Un día, para probar su caridad, le decíamos: «Semejantes horrores no podían ser obra más que de »hombres muy perversos.—¡Oh, no! nos contestó con »gran dulzura: no eran hombres malos; sabían más »que los demás y me conocían mejor. ¡Cuán contento—añadió—estaba yo de verme así arrojado á los »pies de todo el mundo, como el lodo de los caminos!—Pero, señor Párroco, ¿cómo se podía echaros »en cara vuestra mala vida?—¡Ay, mi vida siempre »ha sido mala! En aquel tiempo llevaba la vida que »aún llevo hoy. Jamás he valido nada.»

Llegó cierto día un sacerdote á pedirle consejo,

diciendo: «Señor Párroco, estoy cansado de ser objeto »de la calumnia y de la persecución; mi paciencia »está ya agotada: deseo retirarme; pero, antes de »tomar una resolución tan seria, deseo oír vuestro »parecer.—Amigo mío, le respondió el santo Párroco, »haced lo que yo: dejad á todo el mundo que diga lo »que quiera. Cuando se haya dicho todo, nada tendrán ya que decir, y entonces se callarán.»

En medio de esa tempestad de contradicciones, nada interrumpía en el siervo de Dios la uniformidad de sus costumbres. Ocultaba en su alma desolada, pero tranquila, todos los dolores que le torturaban; y en lo exterior parecía siempre tan tranquilo, tan dulce, tan afable y tan poco cuidadoso de su propia gloria, como amable y cariñoso para tratar á todo el mundo. Jamás se descubrió en sus palabras un sentimiento de acritud, de descontento ó de tristeza; practicaba á la letra esta frase, de que hacía uso frecuente en sus conversaciones: *Los Santos no se quejan jamás*. No conoció siquiera esa turbación y desfallecimiento que en las grandes crisis quitan la libertad de acción y de presencia de espíritu necesarias para desempeñar bien las obligaciones de su estado. Cuando se le preguntaba cómo había podido, en medio de tantas y tan recias contradicciones, conservar la energía de su alma y el suficiente dominio sobre sí mismo para entregarse á los trabajos diarios con la misma aplicación y el mismo ardor, respondía: «Haciendo las cosas sin placer y sin gusto, se »hacen mucho más por Dios. Verdad es que todos »los días esperaba que me viniesen á echar de la »parroquia; pero, en medio de esos temores, yo obraba como si jamás hubiese de salir de ella.»

Tal era el prodigioso grado de humildad, de abnegación y de confianza en Dios á que la gracia había elevado al Párroco de Ars; y es tanto más admirable la fuerza que le comunicaba, cuanto la violencia y continuidad de los dolores eran más que suficientes para abatirle; su exquisita sensibilidad, su extrema delicadeza y la gran desconfianza que tenía de sí mismo, se los hacían más vivos y penosos. Al contrario, jamás estaba su corazón más vigoroso y firme que en las horas en que su voluntad se sometía humildemente á los terribles golpes que le abrumaban. Como su confianza no tenía otro fundamento que sólo Dios, nada de cuanto le sobrevénia por parte de los hombres podía conmoverle; de modo que la experiencia de la injusticia de las criaturas llegó á ser como un lazo más entre Nuestro Señor y él; y en ese misterio halló nuevas fuerzas para servirle y amarle.

A juzgar por lo que él hablaba de esa época de su vida, hay motivos fundados para pensar que en ella le favoreció el Cielo con las gracias más extraordinarias. Lo cierto es que por ese tiempo precisamente se aumentó la peregrinación hasta un punto superior á todo encarecimiento. La santidad tiene esto de particular: que cuanto más se la ataca, más brilla. De todos los países, y aun de los más remotos, comenzaron á venir infinidad de personas para descubrir á ese hombre perdido, á ese ignorante, á ese loco é hipócrita, los misterios más secretos de la conciencia; para consultarle en las situaciones más difíciles, y para encomendarse á sus oraciones. Cada uno de los peregrinos quería ser el primero en verle para recibir un consejo, una luz, una decisión, ó la promesa de un recuerdo en la presencia de Dios. Él, por su parte,

ha declarado muchas veces que obtenía de Dios y de los hombres todo lo que deseaba. Sus maravillas y sus grandes obras, sostenidas por inagotables limosnas, datan de esa época.

Después de haber visto aglomerarse tantas y tan negras nubes sobre esa dulce y amable existencia, grato é interesante nos sería saber por qué medios puso fin Dios á la tormenta y disipó la ceguedad de aquellos que se habían dejado engañar; mas esa acción directa y soberana de la Providencia que produce el triunfo sobrenatural del bien, no es siempre visible: comúnmente Dios oculta su mano.

Debemos también decir, en obsequio de la verdad, que las pasiones sobrecitadas contra el más inofensivo y virtuoso de los hombres, fermentaban en la oscuridad y lejos de él. No era posible insultarle en su presencia; la admirable serenidad de su rostro, y su mirada penetrante, disipaban toda sospecha. La multitud de sus admiradores se aumentaba todos los días con los mismos que habían venido á Ars para burlarse y blasfemar. Durante los ocho años de esa terrible prueba, jamás se vió al beato Vianney descender de ese grado sublime de resignación, á que sólo un Santo puede llegar y conservar. Tan pronto como contemplaban de cerca ese espectáculo sublime, los detractores de la víspera eran sus amigos al día siguiente: el Clero, sobre todo, se ha hecho notar por ese cambio. El sacerdote puede dejarse llevar de los sentimientos humanos, pero no resiste á la verdad cuando se disipan las sombras que la envuelven. Así se vió que los Curas vecinos y todos los de la diócesis comenzaron á respetar al hombre humilde que antes había sido objeto de sus burlas y contradicciones y si

no dieron el ejemplo de una confianza ciega y pronta, le dieron, en cambio, lo que vale más: el de una confianza ilustrada y perseverante. El simple curso de las cosas debía poner término á esas odiosas recriminaciones, y en el exceso de la injusticia con que se le trataba iba á hallarse la justicia para nuestro Santo. Es la victoria prometida á la humildad, que saca prodigiosa fuerza de la misma debilidad.



CAPÍTULO IV

Enfermedad del Párroco de Ars, y su curación maravillosa.—Su primera huida.

TAN extraordinarias eran las mortificaciones que practicaba el Párroco de Ars, y tan superior á las fuerzas humanas el trabajo á que se consagraba, que hubiera gastado la vida de muchos hombres. Ya era evidente, hacia mucho tiempo, que no se sostenía sino por milagro. «He oído hablar de las cosas maravillosas que pasan en Ars—decía un hombre de mundo,—y no dudo del poder de Dios, tan grande en el siglo XIX como en el principio del Cristianismo. Estoy convencido de que las oraciones del santo sacerdote que allí se va á ver, pueden obtener curaciones sorprendentes y hasta milagrosas; mas, para creer ahora en la existencia de lo sobrenatural, nada de eso necesito. El gran milagro de Ars es la vida tan penitente y laboriosa del Párroco: que un hombre haga lo que él hace, que lo haga todos los días sin cansarse, sin desfallecer y sin sucumbir bajo el peso abrumador de tanto trabajo, he ahí lo que más me sorprende. Ese es, en verdad, el gran milagro de Ars; á mis ojos es el milagro de los